



AIBR. Revista de Antropología
Iberoamericana
ISSN: 1695-9752
informacion@aibr.org
Asociación de Antropólogos
Iberoamericanos en Red
Organismo Internacional

García Grados, Carlos
La percepción participante como una herramienta metodológica feminista: Una
aplicación a los estudios de género
AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana, vol. 12, núm. 2, mayo-agosto, 2017, pp.
125-146
Asociación de Antropólogos Iberoamericanos en Red
Madrid, Organismo Internacional

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62352859003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org



AIBR
Revista de Antropología
Iberoamericana
www.aibr.org
Volumen 12
Número 2
Mayo - Agosto 2017
Pp. 125 - 146

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.
ISSN: 1695-9752
E-ISSN: 1578-9705

La percepción participante como una herramienta metodológica feminista: Una aplicación a los estudios de género

Carlos García Grados
Universidad del País Vasco

Recibido: 06.10.2016
Aceptado: 11.07.2017
DOI: [10.11156/aibr.120203](https://doi.org/10.11156/aibr.120203)



RESUMEN

Este artículo reflexiona acerca de la tradición sensorial del método etnográfico y reclama el valor de la *percepción participante* como herramienta feminista de investigación sociocultural. Esta metodología contribuiría a la superación del sesgo androcéntrico que reproduce la observación participante en tanto que práctica eminentemente visual y auditiva. Para ello, en primer lugar, el artículo destaca el vínculo entre la masculinidad y la vista, forjado históricamente en Occidente, y restablece el análisis de género en el estudio antropológico de los sentidos. La *antropología sensorial*, perspectiva más reciente en el ámbito de estudio de los sentidos y cuna de la percepción participante, no retomó el análisis de género presente en algunos de los trabajos de su antecesora e inaugural *antropología de los sentidos* y, por tanto, sus preocupaciones metodológicas quedaron huérfanas de una reflexión feminista que aquí se vuelve a reanudar. En segundo lugar, empleando concretamente la percepción participante en un análisis de género, el artículo presenta la aplicación etnográfica de la misma en el contexto de un deporte adaptado como es el fútbol sala para personas con discapacidad visual. Las prácticas y las experiencias emplazadas de un grupo de varones ciegos y del etnógrafo, desde un prisma multisensorial, revelan una nueva dimensión del género que ayuda a profundizar acerca de cómo el fútbol sala adaptado contribuye de manera eficaz a la reproducción de la masculinidad hegemónica y, por ende, del orden de género patriarcal.

PALABRAS CLAVE

Antropología, feminismo, género, sentidos, percepción participante.

PARTICIPANT SENSING AS A FEMINIST METHODOLOGICAL TOOL

ABSTRACT

This article reflects on the sensory tradition within the ethnographic method and defends the value of *participant sensing* as a feminist tool in socio-cultural research. This methodology would help to overcome the androcentric bias reproduced by participant observation as an eminently visual and auditory practice. Firstly, the article highlights the link between masculinity and sight, which is forged historically in the West, and reintroduces gender analysis in the anthropological study of the senses. *Sensory anthropology*, a recent perspective in the study of the senses which brought about participant sensing, did not continue gender analyses proposed in the preceding *anthropology of the senses*; therefore, its methodological concerns lacked the feminist reflection that I intend to redress here. Secondly, this article presents the ethnographical application of participant sensing for gender analysis, in the context of an adapted sport as football 5-a-side for visually impaired people. The embedded practices and experiences of a group of blind men and of the ethnographer, as viewed from a multisensory prism, reveal a new dimension of gender which helps to comprehend how adapted football 5-a-side contributes to the re-production of hegemonic masculinity and therefore of the patriarchal gender order.

KEY WORDS

Anthropology, feminism, gender, senses, participant sensing.

Introducción

Los sentidos, como objeto de estudio, pasaron a formar parte de la antropología social y cultural, así como de otras ciencias sociales, a partir de la década de los 80. Desde entonces, el debate fundamental que ha tenido lugar en torno a la reflexión sobre la sensorialidad humana ha tenido como consecuencia la división entre una subdisciplina inicial llamada *antropología de los sentidos*, centrada en la construcción sociocultural de los mismos, y una más reciente *antropología sensorial*, preocupada por la percepción y por una revisión del método etnográfico. Pero en dicho debate, sin menoscabar su interés, el germen de una incipiente perspectiva feminista y de género se ha extinguido.

Inicialmente, mientras que el estudio sociocultural de los sentidos contempló el género como una categoría transversal a tener en cuenta para la construcción de los distintos dominios sensoriales, en el tránsito hacia una antropología sensorial la línea reflexiva feminista cesó. Por esta razón, en un intento por superar el regreso de tal sesgo androcéntrico, el motivo principal de este artículo será establecer un puente dialógico entre ambas antropologías para reanudar el camino emprendido por la antropología de los sentidos y poder así adentrarse en el terreno de la percepción y la metodología desde una postura política feminista, lo cual dará como frutos una manera renovada de practicar la etnografía y la emergencia de una dimensión inusitada del género.

1. Los sentidos en antropología

1.1. *La antropología de los sentidos y el género*

En el libro *The Varieties of Sensory Experience*, David Howes (1991) señaló el vínculo sensorial existente entre la cultura y los individuos y lo convirtió en fundamento para una antropología de los sentidos. Howes determinó que el significado, la configuración y la organización —siempre jerárquica— de las distintas modalidades sensoriales influían en los diferentes campos de la expresión cultural, como pueden ser la identidad y las emociones. Como manifestó Constance Classen (1997), la premisa primordial de esta aproximación alternativa al estudio de la cultura era la consideración de la percepción sensorial como un acto cultural y no únicamente como un acto natural. Entendida así la sensorialidad humana, la experiencia de ver, oler, tocar, oír y saborear, modelada por la cultura, transporta y transmite variedad de significados, ideas y valores que conforman la manera en que los individuos perciben el mundo y, por tanto,

la tarea antropológica debía centrarse en dar cuenta del *perfil sensorial* (Howes, 1991) para el estudio de las culturas.

Es cierto que la sensorialidad nunca ha sido algo ajeno a la antropología. Claude Lévi-Strauss (1975) nos recordó que el choque cultural entre Europa y el Nuevo Mundo, como una de las fuentes elementales para la reflexión etnológica, despertó una sensualidad inusitada para unas sociedades herederas de un insípido pasado medieval. Pero si bien la confrontación sensorial ha sido siempre un motor para el extrañamiento antropológico, considerar los sentidos como objeto de estudio no había sido una realidad debido a lo que Classen se ha referido como el «manto de invisibilidad»¹ (1998: 1) de una modernidad oculocéntrica o visocéntrica. A pesar de que el cuerpo, a partir Marcel Mauss (1979), ya había sido un objeto de reflexión para las ciencias sociales y el feminismo, el análisis cultural de los sentidos, sin embargo, permaneció bajo el espesor del privilegio otorgado al sentido de la vista que hizo imperceptible la historia de la imaginería sensorial tanto del propio Occidente como del resto de las culturas (Classen, 1998).

La antropología de los sentidos consideró la cultura occidental como una cultura ocular. El ensalzamiento de los ojos aparece ya en filósofos de la Grecia Clásica como Aristóteles y Platón, quienes valoraron la vista como el más noble de los sentidos, y parte de su refinamiento moderno, como expresaron Marshall McLuhan (1962) y Walter J. Ong (1967), se produjo como resultado de la invención de la imprenta y del proceso de alfabetización. Sin embargo, fue fundamentalmente a partir del Siglo de las Luces, con el desarrollo de la ciencia, cuando la vista se convirtió en metáfora del pensamiento, de la razón y la objetividad (Classen, 1998).

El perfil sensorial dominado por la vista prevaleció en la antropología decimonónica bajo la forma de una división entre la vista, a la que también hay que añadir el oído, como los sentidos de la civilización, y el tacto, el gusto y el olfato como los sentidos propios del salvajismo. Esta tradición antropológica «sensista» (del inglés *sensist*), que marginaba a los más innobles de los sentidos y dejaba a la sensorialidad fuera de la reflexión, ha perdurado hasta la Posmodernidad (Classen, 1997: 405). Precisamente la antropología de los sentidos surgió como reacción al sesgo visual de la perspectiva antropológica posmoderna que, como manifestó Clifford Geertz, consideraba las culturas como un conjunto de textos que «[...] los antropólogos se esfuerzan por leer por encima del hombro de aquellos a quienes dichos textos pertenecen propiamente» (Geertz, 2003: 372).

1. Todas las traducciones del original son del autor.

Sin embargo, el perfil sensorial visocéntrico no responde únicamente a una forma de etnocentrismo, sino también a una forma de androcentrismo. Luce Irigaray señaló los vínculos masculinidad-vista y feminidad-tacto y planteó que «*el asedio de la mirada no está tan privilegiado en las mujeres como en los hombres*» y que «*las mujeres, por su parte, conservan estratificaciones sensibles más arcaicas, rechazadas, censuradas y desvalorizadas por el imperio de la mirada*» (Irigaray, 1985: 41). De esta manera, según la autora, el tacto sería el sentido privilegiado por las mujeres antes que la mirada de unos ojos que objetivan, dominan, distancian y mantienen la distancia. De manera análoga, Donna J. Haraway (1995) manifestó que la vista había sido *des-encarnada* en favor de una mirada conquistadora, sin ubicación e impulsada por la tecnología visual, cuyos ojos, en el contexto de la ciencia, el militarismo, el capitalismo, el colonialismo y la supremacía masculina, tenían la capacidad para distanciar al sujeto conocedor de lo conocido y ocultarlo con el fin de poder ejercer un poder sin obstáculos.

Desde la antropología de los sentidos, Classen (1998) también señaló la estrecha relación histórica entre el orden sensorial occidental y el orden de género que es arrastrado desde la Premodernidad, mostrando, para ello, cómo la imaginación y los estereotipos en torno a los sentidos han servido para crear y expresar, también de manera estereotípica, diferentes identidades y roles de género a través de los cuales se ha vinculado de manera general la masculinidad a la vista, o cuanto menos a los aspectos considerados positivos de este u otros sentidos.

En la Edad Media, según Classen (1998), bajo el modelo de una única cadena de perfectibilidad humana² (Laqueur, 1994), cada dominio sensorial, atravesado por el género, contaba con cualidades diferentemente valoradas. Respecto al dominio visual, mientras que la vista se asociaba a los hombres, a sus propósitos intelectuales y a su imposición del orden social a través de la cualidad de la luz y la forma, las mujeres eran asociadas a la vista mediante el color y la oscuridad en relación con sus roles sociales, vinculados con la decoración y la seducción y, en definitiva, a su supuesta propensión a la vanidad. A partir de la Modernidad, al igual que la correspondencia entre los dualismos cultura/naturaleza y hombre/mujer propuesta por Sherry Ortner (1972), la dicotomía cartesiana mente-cuerpo se reflejó en el orden de género mediante una doble asociación: lo

2. Classen toma la idea de la cadena de perfectibilidad única del libro de Thomas Laqueur *La construcción del sexo* (1994) para referirse, en el Medievo, a la ausencia de un modelo biológico bisexual, es decir, a la ausencia de concepción de dos sexos. Hombre y mujer se entendían como dos versiones de un único modelo biológico humano, en donde la mujer era la versión anterior, inacabada e imperfecta del hombre.

masculino con la razón y lo femenino con la sensibilidad. Así mismo, el campo de los sentidos también se resquebrajó en función de tal dicotomía y en función del orden de género imperante, asociándose los sentidos de la vista y el oído con el polo mental masculino mientras que el resto de sentidos quedaron asociados con el polo corporal femenino. Además, la vinculación de la masculinidad con la vista y el oído como sentidos de la distancia, hacía propicios a los hombres para la expedición y el gobierno, mientras que la vinculación de la feminidad con los sentidos de la proximidad —el resto— hacía propicias a las mujeres para el cuidado y el hogar.

Por lo tanto, el modelo sensorial occidental manifestado por la antropología de los sentidos, desde una perspectiva de género y étnica, revela un orden simbólico en el que la vista es una metáfora de la superioridad de la cosmovisión de la cultura occidental frente a otras culturas y, al mismo tiempo, de la superioridad de la masculinidad frente a la feminidad. Si bien la noble vista es metáfora de los hombres, de la razón, del progreso, de la ciencia y la civilización, las mujeres caen del lado de lo irracional, de lo pasional, de lo exótico y de lo salvaje, en su asociación con el resto de dominios sensoriales.

1.2. *La antropología sensorial y la etnografía*

Desde estos importantes primeros pasos en los años 90, la antropología de los sentidos ha virado posteriormente hacia una antropología sensorial que propone novedades para el método etnográfico. Según la antropóloga Sarah Pink (2009), si las cuestiones centrales para la primera eran los sentidos como objeto de estudio y mostrar la diversidad de los modelos sensoriales de las culturas que moldean su particular cosmo-percepción, para la segunda el énfasis recae en la propia percepción sensorial y, por ello, en el análisis de las experiencias multisensoriales tanto de los sujetos de estudio como de la etnógrafa o el etnógrafo. Por lo tanto, la antropología sensorial inevitablemente se interrogó acerca de cómo investigar otros mundos a través de la reflexión sobre la experiencia sensorial. En este marco, Pink, en su libro *Doing Sensory Ethnography*, propone la «percepción participante» (del inglés *participant sensing*) como una reconceptualización de una técnica fundamental en antropología como es la *observación* participante, dada la relación de esta última con la supremacía del ojo (Pink, 2009: 65). Esta propuesta, más allá del plano teórico, alcanza a el/la etnógrafo/a en el terreno práctico para dar cuenta de su mayor potencial cuando emplea todo su cuerpo y sensorialidad como fuente para la reflexión.

La antropología de los sentidos, a diferencia de la etnografía sensorial según Pink (2009), con el fin de aproximarse culturalmente a los sentidos, utilizó métodos etnográficos clásicos que se sustentaban en una consideración del trabajo de campo como un proceso de observación, escucha y entrevista (Hammersley y Atkinson, 2007). Pero, si bien es cierto que los métodos de observación clásicos han dado lugar a grandes aportaciones etnográficas, Pink presenta la etnografía sensorial como un método crítico, no exclusivamente aplicable a la investigación sensorial, que trata de combinar lo visual y auditivo con otras experiencias sensoriales, para lograr ir más allá de lo que puede ser visto y conseguir percibir «[...]el tipo más profundo de conocimiento [el cual] no es hablado» (Bloch, 1998: 46).

2. La percepción participante como herramienta feminista

La antropología de los sentidos, como acabo de exponer, ha adolecido de una crítica metodológica etnográfica; no obstante, considero que la antropología sensorial, por su parte, no ha reconocido suficientemente las aportaciones y el impulso de la crítica feminista respecto a la revisión de la mencionada metodología. Aurelia Martín Casares (2008), en su recorrido por la antropología de género, señaló que no solo los primeros antropólogos derramaron en sus etnografías un punto de vista occidental, sino que los *padres* de la antropología construyeron también la disciplina bajo un punto de vista masculino que permeó a la misma, incluyendo, en lo que aquí me interesa, el método etnográfico y sus técnicas fundamentales.

Ciertamente, Classen (1997 y 1998) intentó combatir el etnocentrismo sensorial de la antropología y el androcentrismo implícito en la misma a través de un análisis político de género del modelo sensorial occidental, pero no es menos cierto que en su artículo *Fundamentos para una antropología de los sentidos* (Classen, 1997) dejó intacta la percepción y el método etnográfico en sí mismo. Por el contrario, Pink (2009), para proponernos la etnografía sensorial y la percepción participante como técnicas de investigación, nos presenta una reformulación del método etnográfico con el fin de liberarlo del sesgo etnocéntrico, pero no hace explícita la inclinación androcéntrica inherente al mismo. Si la percepción participante es una técnica que invita a seguir superando los sesgos de una antropología colonial para el estudio de las culturas, no es menos cierto que al mismo tiempo es, inevitablemente, una herramienta feminista apropiada para un uso general o para el propio análisis de género en particular.

Por todo ello, mi pretensión es reconciliar ambas críticas. En primer lugar, en clave político-teórica, continuando la senda emprendida por

Classen, reivindico aquí la percepción participante como fruto también de la reflexión feminista y de la aplicación de una perspectiva de género en el campo de la antropología de los sentidos. Antropología desde la cual se señaló la primacía del sentido de la vista como un obstáculo para la percepción de los mundos de la otredad. En segundo lugar, ahora en clave político-práctica, y a partir de aquí, a través de mi propio ejemplo etnográfico, mostraré un posible uso de la percepción participante para el estudio del género, concretamente las masculinidades, entendiéndola ya como una herramienta feminista que nos puede ayudar a percibir aspectos muy sencillos de la reproducción del sistema de dominio masculino.

El material etnográfico empleado para tales fines procede del trabajo de campo que realicé junto a la Selección Nacional Española de fútbol sala para ciegos en categoría B1³ desarrollado durante los meses de verano de 2011 en el campus de la Universidad Europea de Madrid, situado en Villaviciosa de Odón (Madrid), momento en el que se preparaba intensamente para una competición internacional que tendría lugar entre agosto y septiembre de ese mismo verano. El equipo estaba formado por un grupo de varones ciegos muy heterogéneo respecto a la procedencia geográfica y a la edad⁴. Ninguno de ellos se dedicaba profesionalmente al fútbol sala y entre sus ocupaciones estaban la venta de cupones, la abogacía y el periodismo. No todos eran ciegos de nacimiento, pero todos pertenecían a la categoría B1 por sus características visuales. Además, pertenecían igualmente al equipo personas videntes como eran los dos porteros (titular y suplente) y los miembros del cuerpo técnico, compuesto este por dos entrenadores (entre los cuales estaba el seleccionador nacional), un médico, un preparador físico y un fisioterapeuta.

3. El deporte adaptado

Como indican Niko Besnier y Susan Brownell (2012), el mundo del deporte se ha convertido en un campo idóneo donde analizar cuestiones centrales para el enfoque antropológico posmoderno, como son la moder-

3. Categoría determinada por un parámetro oftalmológico cuyo rango va desde la inexistencia de percepción lumínica en ambos ojos hasta la percepción lumínica, pero con la inhabilidad para reconocer la forma de una mano a cualquier distancia o en cualquier dirección.

4. Los jugadores que componían la Selección Nacional en aquel momento procedían de las regiones españolas de Andalucía, Cataluña, Madrid, Murcia y Valencia. Además, el equipo contaba con un jugador marroquí recientemente nacionalizado en España y convocado para la Selección. Respecto a la edad, uno de los más noveles y el más joven de los jugadores de la formación tenía veinticinco años, mientras que uno de los más veteranos y el más mayor tenía cuarenta y uno. Las edades del resto de jugadores oscilaban de manera variada dentro de dicho rango.

nidad, el cuerpo, el género y, yo añadiría, los sentidos, cuya finalidad es señalar relaciones de poder aún no percibidas. A pesar de la confianza generalizada en el deporte como un integrador social y cultural de primer orden, algunos análisis antropológicos y sociológicos del mismo han demostrado que este funciona como un reproductor de los sistemas jerárquicos dominantes (Díez Mintegui, 2003; Elias y Dunning, 1992; González-Abrisketa, 2013; Messner y Sabo, 1990).

Para comprender las experiencias de los futbolistas ciegos, las mías como etnógrafo e incluso las de los y las espectadoras, en el contexto de un deporte adaptado como es el fútbol sala, considero necesario destacar que uno de los elementos importantes para dichas experiencias deviene del sujeto ideal y de los discursos derivados del mismo, en torno al cual gira el deporte: el individuo moderno.

Los estudios feministas y de género han revelado que dicho individuo se identifica con un varón blanco heterosexual de clase media-alta y que, precisamente el deporte, como una institución clave para el *biopoder* (Foucault, 1987) que opera a través de los cuerpos, ha contribuido a la *re-producción de la masculinidad hegemónica*⁵ (Connell, 2003) para sostener un orden de género patriarcal.

Norbert Elias y Eric Dunning (1992) expresaron que el proceso civilizatorio impulsó el carácter moderno del deporte al tomarlo como un instrumento eficaz para la defensa y expansión del Estado mediante la forja de hombres viriles preparados tanto para la guerra como para el liderazgo del Imperio. La esfera deportiva se constituyó así, en palabras de Dunning, en «*uno de los principales cotos masculinos y por ende de importancia potencial para el funcionamiento de las estructuras patriarciales*» (Dunning, 1992: 324). Además, la disciplina de los cuerpos, como argumentaron Michael Messner y Donald Sabo (1990) para el caso del deporte en los inicios de la Era Industrial, ha incidido de manera importante en los varones para conservar una masculinidad en ocasiones amenazada por los cambios de roles de las mujeres en la sociedad.

El deporte, además, ha servido como creador de unas masculinidades orientadas hacia un sistema económico capitalista necesitado de una fuerza de trabajo y, como defendió Carmen Díez Mintegui (2003) para el caso del fútbol en Guipúzcoa, hacia el éxito y el protagonismo social. En esta línea, en su artículo *Cuerpos Desplazados*, Olatz González-Abrisketa (2013) nos

5. Robert W. Connell define la masculinidad hegemónica, siguiendo el concepto de hegemonía de Gramsci, como «*la configuración de la práctica de género que incorpora la respuesta aceptada, en un momento específico, al problema de la legitimidad del patriarcado, lo que garantiza (o se considera que garantiza) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres*

muestra cómo, en el caso del País Vasco (España), los cuerpos de las mujeres (no devenidas madres) son apartados de aquellos lugares de protagonismo social, como es el frontón, dada la relación metonímica entre este y los cuerpos de los *pelotaris*⁶ varones, los cuales, al mismo tiempo, son la encarnación de los ideales de la Nación Vasca a la que dan cuerpo.

Pero el individuo moderno, además de lo señalado anteriormente, también se ha identificado, tal y como han señalado los estudios sociales de la discapacidad, con un cuerpo *normal* o, en términos de Agustina Palacios Rizzo (2008), un cuerpo *capaz*. Es aquí donde otra institución fundamental para el biopoder adquiere relevancia para la esfera del deporte practicado por personas con discapacidad: la biomedicina.

El discurso médico-rehabilitador ha enfocado los cuerpos *a-normales* como cuerpos deficientes en un sentido estrictamente biológico e individual. Enmarcada en este paradigma, la deficiencia que acarrea una persona puede ser revertida a través de una terapia rehabilitadora para conducir su cuerpo a un estado de normalidad. Es precisamente este discurso el que ha permeado el deporte adaptado, desde sus orígenes en el terreno de la medicina como terapia para soldados de guerra, imprimiendo un importante carácter rehabilitador a su práctica⁷.

Precisamente, la fuerte intervención de la biomedicina, como institución de vigilancia y control de los cuerpos, actúa en el deporte adaptado como una de las adecuaciones fundamentales, además de la reglamentación y de los aspectos materiales, que solventa la incompatibilidad entre la reproducción de la masculinidad hegemónica y los cuerpos capaces, por un lado, y los cuerpos deficientes *in-capaces* de encarnar tales aspectos por el otro. Como veremos a continuación, el discurso sobre el individuo moderno será un elemento importante, aunque no el único, para la constitución de diferentes lugares del campus en donde las vivencias corporales y sensoriales se alejarán o bien se acercarán al sujeto ideal hasta su encarnación.

La reproducción del orden y las identidades de género, en este caso las masculinidades, es por tanto un proceso corporal y sensorial profundo, cuyo conocimiento no deviene solamente del registro y reflexión sobre lo obser-

6. Denominación de los deportistas que practican pelota vasca.

7. El deporte adaptado, según manifiestan la agencia especializada en información y comunicación social Servimedia (Grupo Fundosa) y el Comité Paralímpico Internacional en su publicación *Paralímpicos* (2006), nació de la mano del neurólogo alemán de origen judío Ludwig Guttmann, quien, tras su exilio a Gran Bretaña en 1939, trabajó en el Stoke Mandeville Hospital (Aylesbury, Inglaterra) desarrollando la aplicación del deporte como medio de rehabilitación para un elevado número de varones cuyas lesiones medulares derivaban de su participación en la Segunda Guerra Mundial. Este camino condujo a los I Juegos Stoke Mandeville para paralíticos, en 1948, y a los I Juegos Paralímpicos de Roma, en 1960.

vado y lo escuchado, sino también de mi propia sensorialidad experimentada en el campo al tratar de conocer los mundos de estos varones ciegos, es decir, a partir de una percepción participante. Por lo tanto, el resultado etnográfico que aquí presento, sin ninguna pretensión de objetividad, como diría Pink, es mi intento por ofrecer una versión de mi experiencia lo más fidedigna posible al «[...] contexto, negociaciones e intersubjetividades a través de las cuales el conocimiento fue producido» (Pink, 2009: 22).

4. Un etnógrafo emplazado en los lugares de la ceguera

Caminando por el campus

Durante el trabajo de campo, a lo largo de las vías peatonales que recorren el campus, fueron abundantes los trayectos que realicé junto a los futbolistas ciegos con el fin de trasladarnos entre la residencia universitaria donde se alojaban y las instalaciones deportivas habituales: el pabellón deportivo⁸ y el campo de fútbol multiusos exterior. Desplazarme con ellos era una experiencia algo lenta, ruidosa —ya que empleaban en general un alto volumen de voz— y algo atropellada, debido a los tropezones y choques que se producían de vez en cuando. El tiempo se dilataba y las distancias parecían regirse por otra escala métrica cuando, dadas las circunstancias, apenas alzaba la mirada más allá de la inmediatez que nos rodeaba. En una de las ocasiones un jugador me cogió por el brazo para caminar. De repente, tras agarrarme, me sentí rígido, agarrotado: ¡nunca había guiado a una persona ciega! Pero no solo era mi falta de práctica en tal tarea lo que estaba tensando mi cuerpo, también sentí una cierta invasión de mi intimidad. Era aquel un contacto incómodo.

Los jugadores, para desplazarse por el campus, organizaban sus trayectos en fila india o en pelotón. Normalmente caminaban unidos apoyando mutuamente sus manos sobre los hombros de los demás, aunque los más veteranos del equipo, en ocasiones, caminaban separados del grupo. Como cabeza de la fila, entre el grupo formado o de manera separada, caminábamos los videntes, guiándoles o anunciando, de manera frecuente, cualquier obstáculo: «izquierda, derecha, ¡cuidado con el mataciegos!»⁹.

Antes de llegar a las puertas del pabellón deportivo, escenario de múltiples ejercicios de entrenamiento, el grupo intensificaba la atención

8. Las instalaciones fundamentales que utilizaban dentro del pabellón deportivo eran el gimnasio y la pista del polideportivo cubierto.

9. Forma a la que se refieren para indicar el poste de metal que se ubica en las aceras para impedir el paso de vehículos a la misma.

sobre las escaleras que debían subir para llegar hasta la entrada. La concentración en la subida hacía que los más habladores calmaran su verborrea y aumentara una comunicación eficaz entre ellos para el buen desempeño de la subida. Los componentes no ciegos informábamos de las características de las escaleras, como el grosor y la anchura de los peldaños, para facilitar el ascenso. Una vez arriba se restablecían las conversaciones.

Eran varios los obstáculos que se presentaban a lo largo de los trayectos que realizaban diariamente a través del campus; incluso a veces se referían a ellos con una jerga particular, como es el ejemplo del *mataciegos*, pero, al cabo de los días, su reconocimiento hizo cada vez más fácil la tarea de caminar hacia los lugares de entrenamiento. No obstante, la mayoría optó por un contacto corporal que les sirviese de guía, facilitándose así la marcha e impidiendo los choques, a veces fuertes, contra objetos no advertidos por el propio ciego o por los videntes del grupo. Este contacto fue casi permanente entre ellos y era de gran utilidad, ya que intensificaba la adaptación al espacio que tenían que recorrer. Con las manos apoyadas en el hombro del compañero, cada uno de ellos dependía del otro para caminar y sortear las múltiples trabas que ofrecía el recorrido. Los cuerpos de estos varones, siempre dispuestos a colaborar con alguien para el desplazamiento, estaban altamente instrumentalizados. Los miembros superiores, las manos sobre todo, eran extensiones de un cuerpo que servían para caminar junto a las piernas. Tentar, tocar y tantear eran fundamentales para la percepción y comprensión del espacio en el que una persona ciega se desenvuelve.

Caminar con ellos, moverme de la manera en que ellos lo hacían, tal y como manifestaron Jo Lee y Tim Ingold (2006), constituyó el empleo de una técnica etnográfica sensorial que me abrió la posibilidad de compartir y aprender de su mundo a través de mi cuerpo vinculado a los suyos y a los elementos que estos reúnen. Precisamente, la antropología sensorial propone caminar con otros como una técnica de investigación que *enreda* o *entrelaza* (del inglés *entanglement*) (Ingold, 2008) a los etnógrafos y etnógrafas con los sujetos de su investigación y con los lugares que estos generan al desplazarse por sus ambientes (Pink, 2009). El *lugar*, tal y como lo presenta Pink, basándose fundamentalmente en Ingold, es un suceso abierto y cambiante que deviene del movimiento e interacción de humanos, animales no humanos, cosas, historias, sensaciones, pensamientos y, como ya mencioné, discursos en el que la o el etnógrafo está ubicado o *emplazado*¹⁰ (Pink, 2009).

10. El término *emplazado* es una traducción propia del concepto *emplaced* utilizado por Sarah Pink (2009). Este concepto deriva del término en inglés *emplacement*, que en caste-

En su propuesta metodológica, Pink (2009) presentó el paradigma del *emplacement* (Howes, 2005) como una continuación del paradigma del *embodiment*¹¹ (Csordas, 1990), al cual se le añadió un matiz importante: el entorno. Atendiendo a este nuevo paradigma, el investigador o investigadora formamos parte de los ambientes sociales, sensoriales y materiales de los sujetos de estudio y será precisamente nuestra vivencia multisensorial de estos contextos, y de sus relaciones de poder implícitas, el punto de partida para la producción del conocimiento de tales lugares vividos (Pink, 2009).

Durante una conversación informal acerca de la práctica y aportaciones del fútbol sala, uno de los jugadores, habitual de la Selección desde el año 1992, me interrogó acerca de las cuestiones que más me habían llamado la atención sobre ellos. Sin meditarlo, le contesté que me había sorprendido la continuidad del contacto entre ellos, ante lo cual, inmediatamente, el jugador asintió y comentó que él a veces decía que parecían «*maricones con tanto sobeteo*» (jugador invitado de la Selección Nacional Española de fútbol sala para ciegos, conversación personal, 26 de julio de 2011). Derivado de este diálogo, no pude evitar conectar dicha apreciación con las sensaciones que tuve al guiar a uno de ellos por primera vez, ya que, en mi vida diaria, salvo excepciones puntuales, las relaciones con otros hombres suelen estar mediadas por un espacio prudencial que separa mi cuerpo de los suyos. Un saludo, un gesto de amistad o una broma son aquellos momentos en los que dicha distancia se rompe, pero tales momentos son solo ocasiones excepcionales dentro de los cánones

llano significa *emplazamiento*. Por otro lado, la acción se corresponde con los verbos en inglés *locate* o *place* que se traducen al castellano como colocar, ubicar, pero también emplazar. Con este último me refiero a su acepción derivada de *en* y *plaza*, es decir, poner una cosa en determinado *lugar*. Aunque tomo este término fundamentalmente del paradigma del *emplacement* (Howes, 2005), he de mencionar a Olatz González-Abrisketa, quien hace ya un uso similar de este término en su artículo *Cuerpos desplazados. Género, deporte y protagonismo cultural en la plaza vasca* (2013). Aunque, en dicho artículo, la autora se refiere a emplazar, basándose en el paradigma del *embodiment* (Csordas, 1990), como la acción de generar un lugar a través de determinados cuerpos y para determinados cuerpos, no obstante, en este mismo artículo, la autora se enmarca también en el paradigma del *emplacement* al señalar la pelota y el frontón como objetos que también conforman el lugar junto a los cuerpos. Para un desarrollo mayor sobre esta última cuestión, véase su documental *Pelota II* (2015).

11. Aunque el paradigma del *embodiment* de los años 90 supuso superar el dualismo mente-cuerpo para entender el cuerpo no como objeto de la reflexión racional sino como una fuente de conocimiento y agencia, para Tim Ingold le faltó dar un paso crucial: reconocer que «[...] el cuerpo es el organismo humano, y que el proceso de *embodiment* es uno y el mismo que el desarrollo de aquel organismo en su ambiente» (Ingold, 1998: 28). Por lo tanto, como indicó Howes (2005), el paradigma del *emplacement* implicó una interrelación tanto entre el cuerpo y la mente como entre estos y el ambiente.

aceptados social y culturalmente. Todo ello generó en mí un extrañamiento ante un contacto tan extendido en el tiempo como el que tenía lugar en la interacción de estos varones ciegos.

Según Robert W. Connell, en Occidente se debe aceptar que «*el sentido físico del ser hombre y del ser mujer es central para la interpretación cultural del género*» (Connell, 2003: 83), ya que las relaciones de género se realizan y se simbolizan en los desempeños corporales. De esta manera, «*la constitución de la masculinidad a través del desempeño corporal determina que el género sea vulnerable cuando el desempeño no puede sostenerse –por ejemplo, como resultado de alguna discapacidad física–*» (Connell, 2003: 86) o, en este caso, sensorial. Dicho de otra forma, basándome en Judith Butler (1990), el género sería entonces vulnerable cuando los cuerpos no pueden adecuarse a los actos de repetición performativos conforme a la regulación sociocultural del mismo. Así, mi reflexión acerca de la fuerte presencia del tacto, manifestada a través de la alta frecuencia de contacto, devino de una fuente sensorial compartida entre dicho jugador y yo, que al mismo tiempo nos provocaba una experiencia particular de género que hacía tambalear, como ya mencioné, el ideal de individuo moderno y, por tanto, la estrecha relación entre un cuerpo no discapacitado y la masculinidad hegemónica. Frente a ello, la experiencia compartida fue la de una masculinidad anormal o, en función de la estructura jerárquica propuesta por Connell (2003), una *masculinidad subordinada*¹².

La continuidad táctil, además, deviene en una manifestación de dependencia que contribuye a forjar dicha identidad masculina de estatus inferior. En el campo biomédico se ha promovido una fuerte asociación entre el valor de la independencia y la biología humana, lejos de la capacidad de autocontrol y de tomar decisiones sobre la propia vida. Según Palacios Rizzo (2008), desde el modelo médico-rehabilitador de la discapacidad, la independencia se ha relacionado con la cantidad de tareas de la vida diaria que puedan ser realizadas sin asistencia. A través de esta conexión entre la independencia y el cuerpo capaz, estos varones ciegos, derivado de su contacto continuado, valoran su falta de individualidad como una dependencia de los demás, a pesar de que el dominio sensorial táctil forme parte importante de su modo más activo, inmediato y eficaz

12. Según Connell (2003), hablando de masculinidades en plural, hay relaciones de dominación y subordinación entre hombres estructuradas de acuerdo con el género. Este autor, poniendo como ejemplo a los hombres homosexuales, se refiere a dicha subordinación como producto de una serie de prácticas materiales: exclusión cultural y política, violencia(s) y discriminación económica. Estas prácticas materiales para la subordinación pueden ser válidas también para los hombres con discapacidad.

de percibir y de desenvolverse en su vida cotidiana. Como indica David le Breton, «*con el nuevo sentimiento de ser un individuo, de ser él mismo, antes de ser miembro de una comunidad, el cuerpo se convierte en la frontera precisa que marca la diferencia entre un hombre y otro*» (Le Breton, 1990: 45), y es exactamente esta frontera corporal la que no se erige entre estos varones ciegos, ni entre los videntes que estamos junto a ellos, dado el uso práctico de un sentido de la proximidad como es el tacto.

Pero, como veremos a continuación, la vivencia corporal y sensorial relacionada con la masculinidad que he descrito hasta este momento cambia dramáticamente cuando los jugadores se ubican en un lugar concreto, el terreno de juego.

5. Los futbolistas ciegos emplazados en el lugar de la videncia

La pista de fútbol sala

En el terreno de juego «*es como si vieras*» (jugador invidente de la Selección Nacional Española de fútbol sala para ciegos, conversación personal, 26 de julio de 2011).

Antes de entrar en el campo de fútbol sala, los jugadores se colocaban las espinilleras para proteger sus piernas, las rodilleras, la chichonera —que disminuye el efecto de los golpes en la cabeza— y el antifaz —que seca el sudor—. Algunos jugadores, además, utilizaban una especie de máscara que ofrecía una protección extra sobre el rostro. Toda esta indumentaria era preludio de que las características del contacto entre ellos iban a cambiar drásticamente. En ese momento, el sentido útil de sus acercamientos para desenvolverse en el día a día desaparecía para dar lugar a un contacto regido por otras características que trataré de describir a continuación.

Los entrenamientos en el campo dependían fundamentalmente de la guía oral de los entrenadores y demás componentes del cuerpo técnico y de la comunicación, también verbal, entre los jugadores. Cuando calentaban, sus cuerpos, corriendo en círculos alrededor de las voces de los entrenadores, no se tocaban ni se buscaban, solo corrían individualmente. Una vez que habían calentado se disponían a realizar ejercicios con el balón. Cada uno de ellos tenía un balón que le pertenecía y con el cual debía acudir al entrenamiento para ejercitarse su dominio individual del esférico. Entre los ejercicios que realizaban eran frecuentes aquellos que

enfrentaban a unos y otros por el balón o por la consecución de un gol, tal y como es el caso del llamado *rey de la pista*, cuyo nombre deja ya entrever el poder que se otorga al que ejerce el dominio sobre el balón y sobre los demás. El objetivo que se perseguía mejorar con el entrenamiento era, en ocasiones, el *pressing* o presión sobre los contrincantes, cuya finalidad era impedir sus jugadas y desbaratar su juego. Es así como, en estos ejercicios de calentamiento y entrenamiento y también en los partidos, el contacto, a través de los miembros superiores del cuerpo, deja de tener un sentido utilitario, basado en la guía, para convertirse en un contacto que trata de obstaculizar, parar, empujar, separar, impedir y neutralizar el cuerpo de los demás para ejercer el control de la pelota. Ahora, la percepción se apoyaba fundamentalmente en el sentido del oído para desplazarse, orientarse y detectar la posición de los compañeros, del balón sonoro y de las porterías.

El miércoles 24 de agosto de 2011 fue el primer día del campeonato internacional. Las Selecciones Nacionales de Argentina, España, Inglaterra, Italia y Turquía se enfrentaron para lograr hacerse un hueco en las Paralimpiadas de Londres 2012. Hacia las siete de la tarde, los jugadores de las Selecciones turca y española ingresaron en el campo de fútbol sala que se había habilitado para la ocasión. Alrededor, nos instalamos una centena de espectadores, los equipos técnicos de cada Selección, el conjunto de árbitros y los organizadores. Comenzaron a calentar minutos antes de que el silbato marcase el comienzo del partido. Los jugadores se desplazaban por el campo con soltura, corrían despacio, aceleraban y volvían a disminuir la velocidad. Después, cada uno se situaba en un lateral u otro del terreno y, desde las vallas laterales que impedían el fuera de banda, comenzaban a controlar el balón llevándolo de un lado a otro. Resonaban los cascabeles y los entrenadores daban instrucciones. Por último, los jugadores, uno a uno, ensayaban el tiro a puerta.

El partido iba a comenzar. Ocho jugadores ciegos ya habían ocupado su lugar en el terreno de juego. Los dos porteros, videntes, aguardaban bajo los palos de su portería y dos guías se ubicaban tras las porterías para facilitar el gol. Comenzó el partido y con él la algarabía. Cada jugador informaba constantemente de su posición, el balón sonoro rodaba, los porteros organizaban la defensa, los entrenadores guiaban el medio campo y los guías preparaban el ataque. Los jugadores corrían tras el balón y luchaban por su posesión con fuerza. En no pocas ocasiones las carreras acababan en contundentes choques contra otros jugadores o contra las vallas laterales. Un jugador se hizo con el balón, se encaró hacia la portería y se lo pasó a su compañero situado al otro lado. Este recibió el balón en los pies, lo controló y corrió hacia la portería recorriendo la banda. De

repente, se topó con un rival, se golpearon contra la valla, forcejearon por su posesión y el balón salió despedido hacia la banda contraria. Un jugador escuchó llegar el balón, se dirigió hacia él, alargó su pierna, pero este le pasó de largo. Otro jugador, con más acierto, consiguió interceptarlo al escuchar como rebotaba contra la valla lateral. Estaba muy cerca de la portería, el guía le gritaba, el jugador se encaró hacia la misma, se acercó, retrasó su pierna derecha, tensó su musculatura, chutó con todas sus fuerzas y el portero no pudo impedir que el balón entrara en la portería. ¡Gol! Los jugadores lo celebraban, algunos individualmente y otros se abrazaban, levantaban las manos, gritaban y sonreían. El resto del equipo, en el banquillo, lo festejaba. El público aplaudíamos con ánimo.

Cuando se disipa la cercanía y el contacto entre los cuerpos en el terreno de juego, cuando los jugadores corren, manejan el balón, se chocan, buscan la pelota y chutan a gol, se percibe el afloramiento de los cuerpos individuales. La dependencia que experimentaban fuera del campo de fútbol ya no existía dentro de la pista. La utilidad de los miembros superiores se sustituye por una mayor intensidad de la comunicación verbal y por el uso de las piernas y los pies, necesario todo ello para el manejo del balón y para elaborar una buena táctica de equipo que aporte buenos rendimientos en las competiciones. Lejos de un cuerpo que colabora con otros para moverse, surge un cuerpo en disposición de mantener un dominio del balón, que tensa sus músculos, aprieta las mandíbulas, enseña los dientes, grita, ejerce la fuerza y se protege de los crudos ataques del contrincante. En un terreno donde no existen obstáculos que librar, la mano se convierte en un pie autosuficiente para lograr desplazamientos, controles de balón y, junto con las piernas, suaves golpes de pase y fuertes patadas con anhelos de gol.

Son los futbolistas ciegos quienes ahora estánemplazados y, por tanto, experimentan un lugar distinto, el terreno de juego, cuyo origen, no olvidemos, orbita en torno a la idea del individuo moderno. Fruto de esta vivencia, el mismo jugador veterano al que me he referido anteriormente, ciego este desde muy temprana edad, en el transcurso de la misma conversación, me dijo, con emoción, que en el terreno de juego «*es como si vieras*» (jugador invidente de la Selección Nacional Española de fútbol sala para ciegos, conversación personal, 26 de julio de 2011). El cuerpo del futbolista ciego emplazado, cuya percepción sensorial es reconfigurada a tenor del lugar, supone la experiencia del cuerpo capaz y de la masculinidad hegemónica que ahora encarna en el terreno de juego y que vincula, a pesar de ser ciego, al sentido de la vista. Pero no solo los jugadores ciegos tienen esa percepción. Los espectadores, al contemplarlos, es decir, al participar de la génesis del lugar con nuestros cuerpos haciéndo-

les protagonistas del mismo (González-Abrisketa, 2013), también compartimos dicha experiencia que posibilita nuestra identificación con sus cuerpos. Cuando los jugadores ciegos están en el terreno de juego, es frecuente oír entre el público a personas que con asombro dicen de manera análoga: *«no parecen ciegos, es como si vieran»*.

Además, es en estos momentos, atendiendo a análisis feministas que han relacionado la nación y el género (González-Abrisketa, 2013; Sharp, 1996), cuando los valores supremos de la nación, como la libertad y la independencia, son vividos y encarnados por los futbolistas ciegos. Como ejemplo, el capitán de la Selección apunta muy claramente que, de entre los aportes de la práctica del fútbol sala, la independencia es fundamental. Como sugiere, entrenar y jugar al fútbol le ha hecho vivir una independencia que también ha proyectado en su vida cotidiana a la hora de desenvolverse por muy distintos espacios:

El fútbol me ha dado mucho tema de orientación, me ha dado mucho tema de independencia en el aspecto de que, por ejemplo, en un campo de fútbol son cuatro compañeros y cuatro rivales en una cancha de cuarenta por veinte, sí que es verdad que tienes guías, sí que es verdad que tienes referencias, pero eres tú, tú con el balón, con tus compañeros, tus rivales, decidir, saber en todo momento dónde estás, cómo estas (capitán de la Selección Nacional Española de fútbol sala para ciegos, entrevista personal, 28 de Julio de 2011).

A través de otros materiales recopilados he podido escuchar manifestaciones muy similares a las emitidas por él. El mediocampista de la Selección Argentina de fútbol sala *Los Murciélagos*, en un documental de Gabriel Antonielli y Matías Scilabra (2011), también manifiesta la libertad experimentada en el terreno de juego de la siguiente manera: *«La verdad es que bueno, fue para mí algo muy bueno. Tengo vida de vuelta. Bueno, y es hasta ahora que es en el lugar donde más libre me siento, donde no dependo de nadie cuando juego al fútbol dentro de la cancha»* (Antonielli y Scilabra, 2011: 11'26"-11'43").

Conclusiones

La combinación de la aproximación antropológica de Classen (1998) al estudio de los sentidos en su vertiente de género y la técnica de la percepción participante propuesta por Pink (2009), como cuestionamiento al método etnográfico desde un enfoque perceptivo multisensorial, tiene como primera consecuencia la superación de los sesgos etno- y androcén-

trico de la observación participante. Tal superación convierte a la percepción participante en una herramienta metodológica crítica aplicable al ámbito de la etnografía, en tanto que técnica que aporta una perspectiva feminista transversal para el estudio de la sociedad y la cultura. A su vez, la extensión de la crítica feminista hasta el terreno de la antropología sensorial tiene una segunda consecuencia de gran importancia en su aplicación al estudio del género: revela una dimensión perceptual del mismo.

El género, enmarcado en el paradigma del *emplacement*, sin abandonar nunca al cuerpo que lo actúa, resignifica o contesta, se traslada o se ubica en el *lugar*, es decir, se halla inmerso en el haz de relaciones que acontece entre los distintos elementos que configuran dicho lugar. De esta manera, el género, siempre en relación con los cuerpos y los discursos, pero también, como he tratado de plasmar, con los objetos y otros componentes, se convierte en un elemento cultural que es también experimentado sensorialmente a través del cuerpo emplazado. Como indica Connell, refiriéndose a la masculinidad, el género será entre otras cosas «*una forma de sentir en la piel, ciertas formas y tensiones musculares, ciertas posturas y formas de moverse*» (Connell, 2003: 83). No obstante, se debe tener en cuenta que estas vivencias no devienen exclusivamente de una vinculación entre los cuerpos y las estructuras de género sino de un conjunto más amplio de relaciones con otros componentes, presentes también en el entorno, que son fundamentales para la percepción.

Por ello, basado en el ejemplo etnográfico, considero que la percepción participante, como técnica etnográfica feminista que nos arroja con mayor plenitud a los mundos de los otros, en donde no solo las imágenes y las palabras son importantes sino también todo aquello material o no material con lo que se relacionan los sujetos de estudio y que las y los etnógrafos podemos percibir una vez que nuestros cuerpos se hallan en tales contextos, se configura en el campo de los estudios de género como una herramienta útil que permite analizar y ahondar en aquellos aspectos perceptuales del mismo que, hasta ahora, no han sido suficientemente trabajados en el ámbito de la antropología.

Enmarcado de esta manera, el fútbol sala adaptado, como práctica desarrollada en lugares concretos que acogen o *desplazan* (González-Abrisketa, 2013) determinados cuerpos, afecta al estatus de género de los futbolistas ciegos a través de procesos profundos que, como ya he señalado, acontecen en el plano de la percepción.

Si bien las experiencias ubicadas fuera del terreno de juego, en donde los objetos devienen en obstáculos potenciales, las personasvidentes en guías y el dominio táctil se caracteriza por su utilidad y continuidad, conllevan la encarnación de una cadena de significantes contraria al indi-

viduo moderno que entrelaza tacto-dependencia-cuerpo incapaz y, por tanto, la identificación compartida de los varones ciegos con una masculinidad inferior a la hegemónica, lo cual ubica sus cuerpos, siguiendo nuevamente a González-Abrisketa (2013), prácticamente fuera de todo lugar. Por el contrario, en el terreno de juego, la experiencia caracterizada por elementos como el balón sonoro, las reglas del juego, el entrenador, los porteros, los guías de las porterías, las vallas laterales y demás, a pesar de la adaptación, emplazan a los jugadores en un lugar donde es posible habitar corporal y sensorialmente el mundo de la percepción visual, lo que conlleva la encarnación de la cadena de significantes vista-independencia-libertad-cuerpo capaz y, por ende, la identificación de los mismos, también compartida, con la masculinidad hegemónica y el individuo moderno. Es así como el fútbol sala para ciegos opera para elevar, aunque de manera momentánea pero eficaz, el estatus masculino de los jugadores y sostener la reproducción de un orden de género patriarcal.

Referencias bibliográficas

Antonielli, G. y Scilabro, M. (2011). *Los Murciélagos: un equipo, una historia, un pacto para vivir*. En <http://www.youtube.com/watch?v=GKj8bmIro2g>. Accedido el 26 de mayo de 2016.

Besnier, N. y Brownell, S. (2012). Sport, Modernity, and the Body. *The Annual Review of Anthropology*, 41: 443-459.

Bloch, M.E.F. (1998). *How we think they think: Anthropological approaches to cognition, memory and literacy*. Boulder: Westview Press.

Butler, J. (1990). *Gender trouble: Feminism and the subversion of identity*. New York: Routledge.

Classen, C. (1997). Foundations for an anthropology of the senses. *International Social Science Journal*, 49(153): 401-4012.

Classen, C. (1998). *The color of angels. Cosmology, gender and the aesthetic imagination*. London: Routledge.

Connell, R.W. (2003). *Masculinidades*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Csordas, T.J. (1990). Embodiment as a paradigm for anthropology. *Ethos*, 18(1): 5-47.

Díez Mintegui, C. (2003). Deporte, socialización y género. En *Culturas en juego. Ensayos de antropología del deporte en España*. Francisco Xavier Medina y Ricardo Sánchez Martín, Eds. Barcelona: Icaria.

Dunning, E. (1992). El deporte como coto masculino: notas sobre las fuentes sociales de identidad masculina y sus transformaciones. En *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Norbert Elias y Eric Dunning. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Elias, N. y Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M. (1987). *Historia de la sexualidad, Volumen I: La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.

Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

González-Abrisketa, O. (2013). Cuerpos desplazados. Género, deporte y protagonismo cultural en la plaza vasca. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 8(1): 83-110.

Hammersley, M. y Atkinson, P. (2007). *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Paidós.

Haraway, D.J. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvenCIÓN de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

Howes, D. (Ed.) (1991). *The varieties of sensory experience: A sourcebook in the anthropology of the senses*. Toronto: University of Toronto Press.

Howes, D. (Ed.) (2005). *Empire of the senses: The sensual culture reader*. Oxford: Berg.

Ingold, T. (1998). From complementarity to obviation: on dissolving the boundaries between social and biological anthropology, archaeology and psychology. *Zeitschrift für Ethnologie*, 123(1): 21-52.

Ingold, T. (2008). Bindings against boundaries: entanglements of life in an open world. *Environment and Planning A*, 40(8): 1796-1810.

Irigaray, L. (1985). *Otro modo de sentir*. Barcelona: La sal.

Laqueur, T. (1994). *La construcción el sexo: Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra.

Le Breton, D. (2012). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Leth, J. y González Abrisketa, O. (2015). *Pelota II* [71 min]. Basque Films/Sunset Productions. En <http://www.pelotaii.com/>.

Lee Vergunst, J. e Ingold, T. (2006). Fieldwork on foot: perceiving, routing, socializing. En *Locating the field: Space, place and context in anthropology*. Simon Coleman y Peter Collins, Eds. Oxford: Berg.

Lévi-Strauss, C. (1975). Las tres fuentes de la reflexión etnológica. En *La antropología como ciencia*. José Llobera, Comp. Barcelona: Anagrama.

Martín Casares, A. (2008). *Antropología de género. Culturas, mitos y estereotipos sexuales*. Madrid: Cátedra.

Mauss, M. (1979). *Sociología y Antropología*. Madrid: Tecnos.

McLuhan, M. (1962). *The Gutenberg galaxy*. Toronto: University of Toronto Press.

Messner, M. y Sabo, D. (1990). *Sport, men, and the gender order: critical feminist perspectives*. US: Human Kinetics Books.

Ong, W.J. (1967). *The presence of the world*. New Haven: Yale University Press.

Ortner, S. (1972). Is Female to Male as Nature is to Culture? En *Woman, Culture and Society*. Michelle Rosaldo y Louise Lamphere, Eds. Stanford: Standford University Press.

Palacios Rizzo, A. (2008): *El modelo social de discapacidad: orígenes, caracterización y plasmación en la Convención Internacional sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad*. Madrid: Ediciones Cinca.

Pink, S. (2009). *Doing sensory Ethnography*. London: SAGE.

Servimedia (2006). *Paralímpicos*. Madrid: Comité Paralímpico Internacional.

Sharp, J.P. (1996). Gendering nationhood. A feminist engagement with national identity. En *BodySpace: Destabilising geographies of gender and sexuality*. Nancy Duncan, Ed. US: Routledge.

Fuentes primarias

Jugador invidente de la Selección Nacional española de fútbol sala para ciegos (26 de julio de 2011). Conversación personal no grabada (reconstruida a base de notas). Diario de campo I, Página 47. Campus de la Universidad Europea de Madrid, Villaviciosa de Odón (Madrid). Registro: Autor del artículo.

Capitán de la Selección Nacional española de fútbol sala para ciegos (28 de julio de 2011). Entrevista personal grabada (transcripción). Campus de la Universidad Europea de Madrid, Villaviciosa de Odón (Madrid). Registro: Autor del artículo.